

DISCURSO DEL PRESIDENTE NIXON EN LA SESION  
CONMEMORATIVA DE LA ORGANIZACION DEL  
TRATADO DEL ATLANTICO NORTE (OTAN)\*

“Nos hemos reunido hoy día para celebrar un aniversario trascendental. Celebramos uno de los grandes acontecimientos mundiales de post-guerra. Hace veinte años, un grupo de hombres destacados se reunió aquí, en Washington, para sentar las bases de una asociación atlántica entre las naciones más antiguas de Europa y sus descendientes del Nuevo Mundo, y en esta sala se firmó el Tratado del Atlántico Norte. Algunos de aquellos hombres están presentes en este momento, y si se ponen de pie, creo que todos, volviendo la mirada al pasado, desearíamos rendir un homenaje a su visión del futuro.

En este aniversario, honramos especialmente la memoria de uno de los hombres sobresalientes de la OTAN: el general que comandó los ejércitos que liberaron a Europa; al Presidente de los Estados Unidos que tanto contribuyó a mantener la fortaleza de la OTAN y a darle vida a sus principios: a David Dwight Eisenhower.

Su vida demostró que existe una fuerza moral en el mundo que puede mover hombres y naciones. Existe una fuerza espiritual cimentada en las raíces mismas del ser humano.

En cuanto a la OTAN, es precisamente porque ella ha sido siempre más que una alianza militar por lo que su fuerza ha sido mayor que la fuerza de las armas. Esta alianza representa una fuerza moral que, si la dirigimos acertadamente, ennoblecerá nuestros esfuerzos.

Dwight Eisenhower fue un gran humanista, y también un gran realista. Si él estuviese aquí hoy con nosotros, habría reconocido que juntos, como hombres del Viejo Mundo y del Nuevo Mundo, debemos encontrar modos de vivir en el mundo real.

Como sabemos demasiado bien, ese mundo real incluye a hombres guiados por la suspicacia, hombres que sacan partido de sus semejantes, hombres que confunden la búsqueda de la felicidad con la búsqueda del poder. Está habitado también por hombres de buena voluntad, por hombres de paz, de esperanza, de visión.

\*10 de abril de 1969. Traducción oficial entregada por el Servicio de Prensa de la Embajada de los Estados Unidos de América.

Ninguna nación y ninguna comunidad de naciones está formada enteramente por unos u otros. Ninguna región del mundo tiene el monopolio de la sabiduría o de la virtud. Aquellos que piensan simplemente en términos de naciones “buenas” y naciones “malas” —en términos de un mundo de firmes aliados o de encarnizados enemigos— viven en un mundo propio. Aprisionado por moldes rígidos, no viven en el mundo real.

Por otra parte, aquellos que creen que todo lo que se necesita para dejar de lado los intereses nacionales propios es una comunicación mejor; aquellos que piensan que todo lo que estorba a la hermandad internacional es el liderato obstinado, ellos también viven en un mundo propio. Engañados por creer en lo que desean creer, ellos no viven en el mundo real.

Hace dos décadas, los hombres que crearon la OTAN enfrentaron la verdad de su tiempo; como resultado, el mundo occidental prospera en libertad. Debemos seguir su ejemplo enfrentando la verdad una vez más —no la verdad de tiempos pasados, sino nuestra verdad.

Vivir en el mundo real de hoy significa reconocer los intereses a veces diferentes de las naciones occidentales sin abandonar nuestros grandes propósitos comunes.

Vivir en el mundo real de hoy significa deshielar nuestros viejos conceptos de Este contra Oeste, sin perder nunca de vista las grandes diferencias ideológicas.

No podemos enneguecernos con odio ni distorsionar nuestra visión con cristales color de rosa. El mundo real está demasiado próximo a nosotros para permitirnos ya sea reaccionar rígidamente o creer en aquello que deseamos creer para desperdiciar nuestros poderes.

Incluyámonos entonces entre los realistas esperanzados. Con este mismo espíritu de realismo esperanzado echemos una mirada a la OTAN de hoy. La encontramos fuerte pero desafiada. Encontramos disputas con respecto a su estructura, divisiones políticas entre sus miembros, resistencia a completar las cuotas de fuerzas necesarias. Mucha gente, en ambos lados del Atlántico, piensa que la OTAN es anacrónica, un poco arcaica y familiar, y un tanto anticuada.

Al entrar la alianza en su tercera década es necesario reafirmar ciertos aspectos fundamentales:

*Primero:* La OTAN es necesaria, y el compromiso norteamericano hacia la OTAN permanecerá vigente y firme. Nosotros en los Estados Unidos seguiremos considerando la seguridad de Europa como nuestra.

*Segundo:* Habiendo tenido éxito en su propósito original, la alianza debe adaptarse a las condiciones del éxito. Sin el aguijón original del miedo, debemos utilizar nuevos lazos para mantener nuestra unidad.

*Tercero:* Cuando se formó la OTAN, la mera cooperación entre las naciones occidentales era un hecho de enorme significado, tanto simbólica como materialmente. Ahora el símbolo no es suficiente. Necesitamos lo material. La alianza actual será juzgada por el contenido de su cooperación, no solamente por su forma.

*Cuarto:* Los aliados han aprendido a concertar sus fuerzas militares; ahora a la luz de los vastos cambios militares, económicos y políticos de dos décadas, debemos idear mejores medios de armonizar nuestros planes de acción.

*Quinto:* Por su naturaleza, la nuestra es más que una alianza militar, y ha llegado la hora de volver parte de nuestra atención hacia aquellas áreas no militares de las cuales todos podríamos obtener beneficios a través de una intensiva colaboración.

¿Qué significa todo esto para el futuro de la alianza occidental? Para estar en condiciones para abordar al mundo real, no podemos responder a condiciones cambiantes solamente cambiando nuestras palabras. Debemos adaptar nuestras acciones.

No es suficiente hablar de respuestas flexibles si, al mismo tiempo, reducimos nuestra flexibilidad reduciendo las fuerzas convencionales.

No es suficiente hablar de aflojar las tensiones, a menos que recordemos que veinte años de tensión no fueron producto de malentendidos superficiales. Un cambio de ánimo es útil si refleja algún cambio de parecer en los propósitos políticos.

No es suficiente hablar de la seguridad de Europa en forma abstracta; debemos conocer los elementos de inseguridad y el modo de eliminarlos. Las conferencias son útiles si tratan puntos concretos, lo que significa que deben ser cuidadosamente preparadas.

No es suficiente hablar de *detente* a menos que a la vez anticipemos la necesidad de darle el contenido político genuino que evitaría convertir el aflojamiento en desilusión. Para citar un ejemplo; varios países occidentales amigos de los Estados Unidos han respaldado activamente la idea de

celebrar conversaciones sobre el control de armas estratégicas con la Unión Soviética. Yo estoy de acuerdo; cuando se lleven a cabo dichas conversaciones trabajaremos diligentemente para que ellas sean fructíferas.

Dentro de nuestra alianza, sin embargo, debemos reconocer que esto significaría una relación militar muy diferente a aquella que existía a la formación de la OTAN. Más claramente, el Occidente no tiene hoy el predominio nuclear masivo que un día tuvo, y cualquier tipo de acuerdo de amplia base con los soviéticos tendría que considerar el equilibrio actual.

¿Cómo podría el progreso hacia el control armamentista afectar la naturaleza de la consulta dentro de nuestra alianza?

Hasta ahora, nuestras conversaciones se han referido principalmente a tácticas, maneras y medios de llevar a efecto las estipulaciones de un tratado que se trazó hace una generación. Hemos discutido cláusulas de tratados propuestos; en las negociaciones futuras, deberemos ir más allá de éstas, hacia los procesos que estos futuros tratados pondrán en marcha. Debemos sacudir nuestra preocupación por la estructura formal para enfocar una perspectiva mundial común.

Desde luego que existe una diversidad de políticas e intereses entre las naciones occidentales, que desde luego, deben respetarse. Pero al dar forma a la estrategia de la paz, estas diferencias no necesariamente deben obstaculizar el camino —no, si nos abrimos paso a una nueva y profunda forma de consulta política.

Para ser específico, las futuras conversaciones sobre armamentos serán una prueba de la habilidad de las naciones occidentales para dar forma a una estrategia común. Los Estados Unidos tienen serias intenciones de celebrar consultas genuinas y profundas con sus aliados tanto antes como durante cualquier negociación que afecte directamente a sus intereses. Este es un compromiso que yo honraré, y espero realizar largas consultas sobre las implicaciones de cualquier asunto que pueda afectar la pauta de las relaciones entre Oriente y Occidente.

Al rendir juntos esta prueba con éxito, esta alianza dará nuevo significado al principio de la consulta mutua.

Para aprovechar el momento que esta oportunidad brinda, haríamos bien en crear un nuevo mecanismo para la consulta política occidental, como también hacer mayor uso de los procesos que existen en la actualidad.

*Primero:* Sugiero que los Ministros de Relaciones Exteriores adjuntos se reúnan periódicamente ante la alianza para efectuar análisis a alto nivel de los principales problemas de largo alcance.

*Segundo:* Propongo la creación de un grupo especial de planificación política, no para duplicar el trabajo que ahora realiza el Consejo o aquel de los consejeros políticos de mayor jerarquía, sino para consagrarse específica y continuamente a los problemas de largo alcance con los que nos enfrentamos.

Esto de ningún modo excluiría los esfuerzos tendientes a desarrollar una cooperación europea más amplia. Por el contrario, nosotros, en los Estados Unidos apreciaríamos dicha cooperación. Lo que nos une a Europa no es la debilidad o división entre nuestros asociados, sino intereses que tenemos en común.

*Tercero:* Recomendando firmemente que volvamos a crear un comité que responda a los retos de la sociedad moderna, responsable ante los Ministros adjuntos, para explorar el modo mediante el cual la experiencia y los recursos de las naciones occidentales pueden ser encauzados más efectivamente para mejorar las condiciones de vida de nuestros pueblos. Esa nueva meta está contemplada en el Artículo II de nuestro tratado, pero nunca ha sido objeto de nuestra preocupación preferente. Permítanme dar a mi proposición el contexto de nuestros tiempos:

En mi reciente viaje a Europa me reuní con líderes mundiales y con ciudadanos privados, por igual. Me asombré de comprobar que nuestras conversaciones no estuvieron limitadas a asuntos políticos o militares. Por el contrario, se refirieron con mayor frecuencia a aquellas materias profundamente relacionadas con nuestras sociedades: la legítima intranquilidad de los jóvenes, la frustración de la brecha que hay entre las generaciones, la necesidad de un nuevo sentido de idealismo y de determinación para hacer frente a un mundo automatizado.

Estos temas no se alejan de las preocupaciones de la OTAN; ciertamente están dirigidos al corazón mismo del mundo real en que vivimos. No somos aliados porque nos une un tratado; estamos unidos por un tratado porque somos aliados al enfrentar preocupaciones comunes.

Por espacio de veinte años nuestras naciones se han preocupado de la defensa militar de Europa occidental. Durante veinte años hemos mantenido consultas políticas.

Ahora, la alianza del Occidente necesita una tercera dimensión.

Necesita no solamente una fuerte dimensión militar para encargarse de la defensa común, no solamente una dimensión política más profunda para conformar una estrategia de paz, sino que necesita también una dimensión social, para enfrentar nuestra preocupación por la calidad de la vida en este último tercio del siglo xx.

Esta preocupación se manifiesta de muchos modos: cultural y tecnológicamente, a través de las letras y de las ciencias.

Las naciones occidentales comparten ideales comunes y una herencia común.

Todos formamos parte de sociedades avanzadas, que compartimos los beneficios y el acopio de problemas derivados de una tecnología industrial que avanza rápidamente. Las naciones industriales no comparten desafío más urgente que aquel de hacer que el hombre del siglo xx y su medio se ajusten convenientemente —de forjar un mundo apropiado para el hombre y de ayudar al hombre a aprender cómo permanecer en armonía con su mundo de rápido y constante cambio.

Nosotros en los Estados Unidos tenemos mucho que aprender de las experiencias de nuestros aliados del Atlántico en su manejo de asuntos internos: el cuidado infantil en Alemania Occidental; la política de nuevas ciudades en Gran Bretaña; el programa de desarrollo de suburbios en Italia; la gran habilidad de los daneses para tratar el problema de las áreas densamente pobladas; la efectiva planificación urbana realizada por los municipios en Noruega, y la experiencia de los franceses en la planificación metropolitana.

Habiendo forjado una asociación para trabajar, todos nosotros tenemos una oportunidad única para compartir nuestra destreza, nuestro intelecto y nuestra inventiva para encontrar nuevos modos de utilizar la tecnología para mejorar nuestro medio en vez de destruirlo.

El mundo de este comité no sería competidor de ninguno que exista en otros organismos internacionales. Tampoco sería nuestro propósito limitar esta cooperación y los beneficios de que de ella deriven hacia nuestros propios países. Por el contrario: nuestro propósito sería compartir ideas y beneficios, reconociendo que estos problemas no tienen límites nacionales ni regionales. Esto podría convertirse en la dimensión más positiva de la alianza, abriendo nuevos canales creativos a todo el resto del mundo.

Cuando visité el Consejo de la OTAN, en Bruselas, hice el siguiente planteamiento: En el mundo de hoy ¿Qué clase de alianza debemos esforzarnos por construir?

Hoy día he delineado algunos de los pasos que creo debería dar la alianza.

Creo que debemos construir una alianza lo suficientemente fuerte como para detener a aquellos que amenazan con guerras, lo suficientemente unida como para asegurar consultas continuas de mucho alcance; lo suficientemente amplia como para aceptar una diversidad de puntos de vista; lo suficientemente realista para enfrentarse al mundo tal como es; lo suficientemente flexible como para explorar nuevas vías de cooperación constructiva.

Al dirigirse al consejo de la OTAN hace diez años, en esta misma sala, el Presidente Eisenhower habló de la necesidad de unión. "No hay mucha fuerza en un solo dedo de la mano, dijo. Pero cuando cinco dedos se curvan en un solo puño, constituyen un instrumento de defensa bastante considerable".

Necesitamos tal instrumento de defensa; los Estados Unidos aportará su justa contribución para mantener fuerte a la OTAN.

Todos nosotros estamos también listos, a medida que las condiciones cambian, para transformar ese puño en una mano amiga.

La OTAN significa más que armas, tropas, organismos consultivos y compromisos de tratados. Todo esto es necesario. Pero lo que los hace importantes para el futuro es lo que la alianza defiende. Para descubrir qué significa la alianza occidental hoy día, debemos remontarnos no hacia dos décadas atrás, sino a través de los siglos, hasta las raíces mismas de la experiencia occidental. Al hacerlo encontramos que palpamos un conjunto de ideales elementales, elocuentes en su simplicidad, majestuosos en su humanidad: ideales de decencia, justicia, libertad y respeto hacia los derechos de nuestros semejantes. Simples, sí, y para nosotros parecen obvios. Pero nuestros antepasados lucharon durante siglos por conseguirlos, y durante nuestra vida hemos tenido que luchar por defenderlos.

La OTAN fue creada para proteger estos ideales. Y tenemos el privilegio de consagrar la alianza a estos mismos fines en la orgullosa celebración de este nuevo aniversario. Estos ideales, —y la firmeza de nuestra consagración a ellos— brindan su nobleza al concepto de la OTAN, y la espina dorsal de la OTAN es firme".